



desdelosimple

Para contemplar la vida

Domingo XXXII del Tiempo Ordinario

Sabiduría 6, 12-16; Salmo 62; 1 Tesalonicenses 4, 13-18; Mateo 25, 1-13

Noviembre 8 del 2020

En Dios tengo mi esperanza

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

Al aproximarse el fin del año litúrgico, los textos que meditamos en la liturgia de la Palabra que se nos propone en la celebración eucarística de este domingo, tiene la característica de conducirnos a reflexionar sobre el momento definitivo de nuestra vida, en el que estaremos cara a cara con nuestro Dios y Señor. En nuestra fe, profesamos que esperamos en la Resurrección de los muertos, y este es un motivo de gran alegría que nos implica en la vida en Cristo. Al respecto dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él (cf. Jn 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. Jn 6, 54). En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos (cf. Mc 5, 21-42; Lc 7, 11-17; Jn 11), anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden. De este acontecimiento único, Él habla como del "signo de Jonás" (Mt 12, 39), del signo del Templo (cf. Jn 2, 19-22): anuncia su Resurrección al tercer día después de su muerte (cf. Mc 10, 34). (CEC n. 994)

Si bien este es un gran desafío para nuestra vida, el Señor nos llena de esperanza, mostrándonos que se hace cercano a nosotros, para que buscándolo podamos encontrarle y sirviéndole logremos adquirir lo necesario para desarrollar el proyecto de vida que Él mismo ha diseñado para cada uno de nosotros. Así nos ilumina la Palabra en este día con el elogio a la sabiduría que se nos presenta en la primera lectura (Sb 6, 12-16), si asimilamos este texto, reemplazando "Sabiduría" por "Dios" veremos claramente como nuestra relación con Él es el fundamento preciso para que podamos disfrutar de la Vida eterna a la que estamos invitados. Dios nos espera al final de la vida y nos acompaña en el camino fortaleciéndonos así para que podamos disfrutar de su Reino: "A los que son dignos de ella, ella misma sale a buscarlos por los caminos; se les aparece benévola y colabora con ellos en todos sus proyectos" (Sb 6,16).

En la vida y en la muerte pertenecemos al Señor. Este es un signo de la esperanza a la cual nos convoca la segunda lectura, en donde Pablo se dirige a la comunidad recordando que la fe en la resurrección de los muertos hace que la naciente comunidad cristiana, sea diferente a los otros pueblos, ella es el motivo para unirse



en el testimonio heredado de Cristo. Formando su cuerpo místico por la gracia recibida en el bautismo, pueden saberse confiados y asistidos en la búsqueda de la unión con Dios, así dice: “Resucitarán... y seremos arrebatados para ir al encuentro del Señor, y así estaremos siempre con él” (1 Tes 4, 16-17).

Este encuentro glorioso, nos anuncia el futuro para que podamos vivir con pasión el presente. Así se nos presenta en el Evangelio de este domingo la parábola de las vírgenes que esperan la llegada del novio. En ella podemos ver con claridad la invitación para que todos estemos atentos, preparados para el alegre encuentro. De hecho en las vírgenes, se nos invita a reconocer la representación de las almas cristianas a la espera de su esposo, Cristo. La parábola termina con estas palabras: “Estén preparados, porque no saben ni el día ni la hora” (Mt 25,13) son muchas las preguntas que pueden surgir de la lectura atenta, sin embargo en este momento, baste con preguntarnos como conservar el carácter luminoso de nuestra vida de cristianos. Para ello nuestra Iglesia nos enseña:

Es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. (Lumen Fidei n. 4)

Esta fe viva se manifiesta por las intenciones del corazón. El Señor que ve en lo secreto sabe reconocer la fe con la cual le servimos, por ello quién vive una relación sincera y abierta con Dios, se prepara convenientemente para su encuentro y será reconocido. El texto nos deja entender, que este aceite no puede ser compartido e intentar comprarlo fuera de tiempo puede ser inútil, nos anima recalcando que a pesar de que Cristo tarde, llegará y para este momento la lámpara debe estar a punto. El apóstol s. Pablo nos recuerda que para que esto suceda, debemos escuchar nuestra conciencia, dejar que el Espíritu santo que hemos recibido nos dirija: “El motivo de nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia, de que nos hemos conducido en el mundo, y sobre todo respecto de ustedes, con la sencillez y sinceridad que vienen de Dios, y no con la sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios”. (1 Co 1,12)

Oremos a Dios en este día para que sepamos buscarle con un corazón sincero, servirle sin buscar la vanagloria y perseverar en la oración para que sepamos reconocerle en cada momento que sale a nuestro encuentro.